

Tuvieron que pasar varios años para darme cuenta de que, sin duda alguna, fue mi profesor ideal y, aunque públicamente nunca ejerció la docencia, me mostró todo su cuantioso saber, instruyéndome y estimulándome en diferentes aprendizajes, sin necesitar siempre libros de texto, simplemente con su experiencia de la vida, logrando mi total y absoluta admiración, a la par que mi cariño, por lo importante que fui y me hizo sentir para él, habiéndomelo demostrado a lo largo de su extensa vida.

Desde mi más temprana edad, advertí una total y absoluta empatía con él; al realizar un viaje mental, mi primer recuerdo se remonta a la edad de tres años en la que, letra a letra, sílaba a sílaba y palabra a palabra, me enseñó a leer en el periódico que cada día tenía entre sus manos y hasta que supe hacerlo con alguna soltura, lo hizo con cuentos siempre acordes a mi edad, que escuchaba embelesada interrumpiéndole, en ocasiones, cuando no entendía alguna frase; él, con infinita paciencia y mimo me la explicaba de la forma más clara para que, conforme a mi edad pudiera comprenderla, a la vez que con sus esclarecimientos fomentaba mi imaginación y así, me creía hada, heroína, actriz, bailarina, cantante, ídolo de masas ... en definitiva, ¡tantas cosas que nunca fueron!.

Era un ejercicio placentero del que disfrutaba, según me iba introduciendo, a la vez que iba descubriendo, poco a poco, el maravilloso mundo de la lectura, costumbre que tras adquirirla, consiguió que cualquier letra impresa me interesara y que nunca, a lo largo de mi vida, haya dejado de acompañarme. Más adelante, leía con fruición - siempre con su consejo hasta la adolescencia, pasada la cual me dejó en parte a mi libre albedrío- casi toda clase de literatura que tenía a mi alcance, por supuesto, los escritores clásicos pero, también, novelas de intriga, de pasión, tebeos, ¡hasta folletos propagandísticos e informativos!.

Añadiré, para reafirmarme en lo anterior, que cuando en mi colegio de religiosas llegaba el momento de realizar la clase de labores manuales: pañitos con diferentes muestras de cruceta, vainica, dobladillos, puntadas, largas, atrás ... que, como es sabido en aquella época se consideraba una de las cosas “propias de nuestro sexo” ¡cómo no! referidas a mujeres, al pedir voluntarias para leer y así hacer más amena la clase a la par que por partida doble formativa, siempre era la primera en ofrecerme, hasta el punto de que, para que pudiera cumplir con mi tarea de costura, se me negara, de vez en cuando.

Me introdujo en las excelencias de la música clásica, zarzuelas, coplas... las oíamos, en silencio -que jamás se rompía- fundamentalmente a través de la radio y, en ocasiones, de una

gramola, a la que, una vez tras otra, sin cansarse, daba vueltas a la manivela, mientras me comentaba las exquisiteces de lo que nos disponíamos a escuchar.

El recorrido, mapas en mano, por los montes, cordilleras, ríos, bahías, islas, mares y cualquier accidente geográfico de nuestro planeta, tan rico en ese aspecto, no fue menos interesante; pasábamos largo tiempo con ellos desplegados sobre una gran mesa, señalando cada día un lugar diferente enlazándolo, cuando la ocasión lo requería o lo consideraba oportuno, con algún acontecimiento de histórica relevancia, no desperdiciando la ocasión de fantasear viajando a lugares lejanos, imaginando, primero, cómo sería la vida en cada continente hasta reducir, país a país, ciudad a ciudad el día a día de sus habitantes.

La inmersión en la Historia, no fue menos interesante. Hablaba de su participación en la Guerra Civil, siempre ecuánime, relataba que, por su edad, tuvo que incorporarse a filas y cumplir el servicio militar viéndose obligado a abandonar sus estudios de Ingeniería. Así y todo, siempre imparcial insistió en proporcionarme lectura “ad hoc” para que yo tuviera mi propia visión sin estar influenciada.

La Religión, acorde con la época, era de vital importancia para él. Además del catecismo que era obligatorio en el Colegio, seleccionaba y leía pasajes de la Biblia, para comentarlos y ¡cómo no! discutirlos ocasionalmente, sobre todo, en varios del Antiguo Testamento. Acudíamos a la Eucaristía dominical, a todo tipo de celebraciones religiosas del Santoral nacional y local: Día de Reyes, San José, Jueves Santo, visitando los Monumentos, adoctrinándome acerca de la Pasión y Muerte de Jesús, de por qué estaban tapadas las imágenes con lienzos, así como de la importancia del recogimiento en los dos días sucesivos, Viernes y Sábado, hasta que llegaba el Domingo de Resurrección en el que, decía él, todo permutaba en alegría simbolizada en la desaparición del paño que las ocultaba a la vista de los humanos. El rezo, casi diario del Rosario, también fue especialmente relevante, desgranando las cuentas, una por una, sin prisa y sin pausa, finalizando con las letanías en Latín que tanto me gustaban. En el mes de Mayo dedicado entonces, como es sabido, a la Virgen me llevaba, dos o tres veces al mes, a la floristería amiga para escoger el ramo que, al día siguiente, depositaba en la capilla.

La Urbanidad: “hay que estar y saber estar en todo lugar con educación y buenos modales”, solía decir con tanta frecuencia que todavía hoy, a través de tantos años resuenan en mis oídos sus palabras, con tan diáfana claridad que, quizás por ello, tengo desarrollado un ¿excesivo? sentido crítico hacia cualquier persona que no haya tenido o tenga la suerte de poseer la enseñanza que me

inculcó de este modo de ser padeciendo, lamentablemente con alguna frecuencia, los desaires y malos modos en relación proporcional al afecto que siento hacia la persona que me los manifiesta.

Creyó, acertadamente, que la comprensión de los idiomas francés e inglés -adelantándose a su tiempo- eran otras asignaturas importantísimas que, sin duda alguna, abrirían puertas en lo sucesivo a la comunicación con nuestros semejantes especialmente, por la cercanía, con los vecinos franceses, propiciando, comprobando y consiguiendo intercambios personales que hicieron que la relación con ellos fuera otro motivo de superación, a la par que suponía una gran satisfacción una vez conseguido el objetivo.

El respeto, hacia el prójimo, decía, es de vital importancia manifestarlo en todo momento a pesar de que, en ocasiones, creas que alguna persona no lo merezca. Confieso que lo tengo siempre presente y su enseñanza me ha ayudado a comportarme con el debido decoro, haciéndolo sin demasiado esfuerzo.

Dejo para el final, no por considerarlo menos significativo que, además de inculcarme respeto, algo que se me antojaba muy raro y que, por ende, no comprendía y necesité años en vislumbrar, era “tener amor propio”. ¿Qué era aquello?. Respetuosa como era, no me atrevía a solicitar un mayor aclaramiento por miedo a perder su cercanía que tanto estimaba, porque siempre me lo decía con gran energía. Lo grabé en mi cerebro preguntándome una y otra vez: ¿qué significa? ¿cómo se adquiere?. Y sí, ya sé lo que es. ¡Claro que lo aprendí! Lo hice percibiendo el padecimiento que se siente ante cualquier pérdida física o afectiva y el agrado de los logros cumplidos, encaminados fundamentalmente hacia otras personas, máxime cuando han supuesto un gran esfuerzo aunque no es el momento ni el lugar para formularlo, añado que, para mí, es ambivalente por doloroso y gratificante,

GRACIAS, profesor mío ideal, paciente y eficaz, porque además fuiste un padre insuperable.